

Islam, islamismo y violencia

Gerhard Donnadieu

La tragedia ocurrida el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington sacó a la luz una forma de terrorismo vinculada al fanatismo religioso que hasta ahora muchos observadores e intelectuales se habían negado a poner en cuestión. Efectivamente, reducían esta violencia a las clásicas explicaciones nacionalistas o (peor aún) económicas, sin ver en ella más que una lucha entre países ricos y países pobres, explotadores y explotados, mundo desarrollado y tercer mundo. Aunque estas explicaciones no son del todo falsas, yo quisiera mostrar aquí su insuficiencia radical.

Rechazar la amalgama pero sin ingenuidad

Lo importante es ante todo no satanizar el islam y distinguir muy bien entre:

- El islam como religión, cuyos practicantes son los musulmanes, gente pacífica en su inmensa mayoría que sólo pide vivir en paz.
- El islamismo, que es la forma fundamentalista o integrista del Islam, cuya continuidad y ruptura con el islam-religión deben subrayarse.
- El terrorismo islamista, forma exacerbada que adopta el islamismo en el plano político, tanto en el interior de los países musulmanes (Argelia, por ejemplo), como en su relación con Occidente.

Por estas razones, identificar el terrorismo islamista con el islam no sólo es falso e injusto; también es contraproducente para cualquier espíritu cultivado que quiera considerar el fenómeno en su justa medida.

Una vez establecido este punto, que no debe nunca olvidarse por ser tan grande el riesgo de amalgama, no está de más tratar de entender. Incluso es un deber para la inteligencia analizar con lucidez y sin idealizaciones lo que, en el Corpus religioso del islam, puede prestarse a tales desviaciones.

Se impone una observación preliminar. Ninguna religión se encuentra a salvo de las desviaciones fundamentalistas; es preciso constatar que todas las grandes tradiciones religiosas de la humanidad tienen hoy sus corrientes sectarias o radicales. La iglesia católica tiene a sus integristas: cismáticos herederos de monseñor Lefebvre o tradiciona-listas "silenciosos"; los protestantes tienen a sus fundamentalistas que hacen de la Biblia una lectura literal y quieren prohibir la enseñanza de la evolución en las escuelas norteamericanas; el judaísmo está atravesado por corrientes ultraortodoxas, de las que ofrecen una ilustración aterradora los partidos religiosos de Israel; el BJP (partido del pueblo de Bharat) en la India predica un hinduismo combativo, etnocéntrico y perseguidor de las demás religiones. Hasta el budismo, que tiene fama de tolerante, ha producido en Sri Lanka monjes guerreros y en el Japón, una secta, la Sokagakkai, particularmente nacionalista y proselitista. Pero no cabe duda de que con el islam este endurecimiento de la identidad es con mucho el más espectacular.

De igual manera, ninguna religión se ha librado de la tentación de la violencia a lo largo de su historia. Por lo que toca al cristianismo, no hay más que recordar las Cruzadas, la Inquisición y las guerras religiosas. Y en China ha ocurrido que el emperador llame a su rescate a los religiosos budistas o taoístas para que bendigan sus exacciones. Pero también aquí, para quien conoce un poco la historia de las sociedades islámicas, pareciera que el recurso a la violencia legitimada por la religión hubiera acompañado las peripecias de la vida colectiva más que en ninguna otra parte.

Para convencerse, basta con observar que la referencia al islam (bajo su versión radical, cierto) se encuentra en casi todos los conflictos guerreros que hoy tienen lugar en el mundo. Casi no hay zonas periféricas del Dar al-hlam (espacio del islam donde teóricamente se aplica la ley islámica) que no esté en ebullición. Y para regresar al terrorismo, no deja de ser útil recordar el precedente de la famosa secta de los hashis-hins (de donde sale nuestro sustantivo "asesino") fundada por el emir Hasan Ibn al-Sabbah en 1090, quien enviaba a sus jóvenes kamikazes a matar a los príncipes cristianos de Palestina y sus aliados árabes (¡imposible no pensar en el asesinato del comandante Massoud!)

Lo que nos da a entender el islam fundamentalista

Al igual que para los fieles de toda gran religión establecida, la concepción que los musulmanes pueden hacerse del islam es muy diversa, naturalmente. Es claro que no obtendremos la misma respuesta si nos dirigimos a un místico sufí, a un musulmán africano imbuido de animismo, a un iraní chiíta o a un fundamentalista sunita.

El interés de la respuesta fundamentalista es que nos propone una versión extraordinariamente firme y coherente del islam, versión presentada como la única válida por seguir la línea recta de la tradición. Además, esta versión ha sido claramente formulada por los propios pensadores fundamentalistas. Por lo tanto, basta con leerlos para saber de lo que se trata. Entre ellos hay dos particularmente importantes:

- El egipcio Hasan al-Banna (1906-1949), fundador de los Hermanos Musulmanes, conocidos por su actividad misionera en todo el mundo islámico, especialmente en Argelia, donde se constituyeron como los principales militantes del FIS (Frente Islámico de Salvación) y los GIA (Grupos Islámicos Armados).
- El paquistaní Maulana Abul Mau-doudi (1903-1979), fundador de h Ja-mat-i-islami, movimiento islamista radical, religioso y político a la vez, fuertemente arraigado en Pakistán y que más tarde fue el semillero de los talibanes de Afganistán.

A él me referiré apoyándome ampliamente en uno de sus libros más conocidos, *Comprende l'islam*,² que escribió en urdu en 1932 y que se propone ser una introducción al islam dirigida a los estudiantes y al gran público. Maulana Maudoudi puede ser considerado como uno de los principales arquitectos de la versión radical y fundamentalista del islam, tal y como hoy se expresa en el islamismo y en varios países musulmanes que instauraron la chaña (ley islámica). Su biografía nos muestra un espíritu cultivado, un verdadero intelectual que conoce bien no sólo la teología musulmana, sino también el mundo occidental. Sus comentarios del Corán y la sunna son considerados por muchos ulemas (juristas y teólogos musulmanes) perfectamente tradicionales, continuadores de las interpretaciones de los siglos X y XI y exentos de cualquier contaminación del pensamiento moderno (¡éste es precisamente el problema!).

Entre los principales temas desarrollados por Maudoudi en su libro, plantearé tres que me parecen especialmente reveladores.

Una sociedad entera regida por la ley religiosa

Recordemos ante todo algunos datos teológicos esenciales que son admitidos por la mayoría de los islamólogos. El islam, teocentrismo radical basado en la unicidad absoluta de Dios, señalado más que en ninguna otra religión por la trascendencia divina, espera de la criatura una sumisión perfecta (lo que es etimológicamente el sentido de la palabra "islam") a la ley divina. Para el hombre, la única actitud razonable consiste entonces en entregarse en manos de Dios. Para ello, debe apegarse con toda su voluntad a las verdades que Dios ha revelado mediante el Corán, obedecer sus mandamientos y rendirle culto con la práctica meticulosa de los cinco pilares del islam (profesión de fe, oración, limosna ritual, ayuno o ramadán, peregrinaje a La Meca). Pero, en relación con la sociedad, el islam también ha multiplicado las prescripciones, tanto bajo la forma de prohibiciones como de obligaciones referentes a

la organización de la vida colectiva. La obligación coránica inicial de "mandar el bien y prohibir el mal" (Corán 3, 106) ha sido precisada y enriquecida por los ha-diths (palabras atribuidas al profeta o sus compañeros) para hacer nacer la ley islámica {charia} consignada en la tradición (sunnd), traducida luego al derecho musulmán (fiqh). Esta constatación lleva al islamólogo Louis Gardet³ a decir que si el Islam es una religión, también es "una comunidad cuyo vínculo religioso establece, para cada miembro y para el conjunto de los miembros, las condiciones y las reglas de vida [...] Muy cerca de la ciudad terrenal, muy cerca de cada creyente en la vida futura, todo está dado en un todo que el islam seguramente no creó en sus detalles más nimios, pero que el islam penetra y anima hasta en los detalles más nimios". Y califica a la ciudad musulmana de "teocracia igualitaria".

Esta concepción, que ya es en sí misma potencialmente totalitaria, se ve reforzada y amplificada por la interpretación fundamentalista. Un primer punto sorprende al lector no enterado que se acerca a la obra de Maudoudi: la frecuencia con la que regresan a todo lo largo de sus páginas las palabras obediencia y sumisión. Más de 120 veces, esto es ¡casi una vez en cada página! Ciertamente, se objetará que esas palabras son sólo la traducción al francés de la palabra árabe "islam"; sin embargo, Su empleo sistemático en numerosas frases que desarrollan los temas más diversos subraya una especie de absoluto de la obediencia ciega por encima de cualquier otra consideración.

Esta obediencia se debe ante todo a Dios: "Es la obediencia a Dios la que constituye al islam", o también: "Es justo que el hombre viva una vida de obediencia a Dios". Pero por un proceso consecutivo, se extiende al conjunto de las prescripciones del Corán y de la charia, que es un "código definitivo destinado a la humanidad entera para todas las épocas venideras". De carácter divino, esas diversas prescripciones se califican con énfasis: voluntad, ley, código, decretos, directivas, conminaciones, preceptos, mandamientos, reglas, prohibiciones, deberes... Los mandamientos nos dicen lo que debe hacerse en cada situación de la vida. El Corán y la sunna lo tienen todo previsto y basta con "obedecer escrupulosamente. Éste es el camino de la salvación". No existe más que un solo* y único camino {sirát-i-multaqim) para llegar a Dios. En resumen, el dios del islam según Maudoudi parece cernir sobre el hombre una contricción a cada instante.

Por eso se entiende que considere como un sacrilegio cualquier libertad tomada en relación con los mandamientos de la charia, por ligera que sea. Esto lo lleva a hacer un juicio severo de la corriente mística del islam (el sufismo), cuyos peligros denuncia. "Ningún sufi tiene derecho de infringir los límites de la charia o de tratar a la ligera las obligaciones primordiales. Quien se aparte de estos mandamientos divinos profiere una mentira al proclamar que ama a Alá y a su profeta." Al escribir esto, Maudoudi se revela además como un musulmán totalmente ortodoxo, si recordamos el gran pasivo que existe desde el siglo X entre el islam tradicional y la vía mística.

Una sociedad bajo control de los musulmanes

El "sometido a Dios" (es la significación misma de la palabra musulmana) espera de su obediencia incondicional una recompensa tanto en este mundo como en el otro, pues, en efecto, el hombre es juzgado por sus actos. "Serán llamados a rendir cuentas de todos sus actos, buenos y malos, nada pueden ocultar". Lo que busca el musulmán con la sumisión perfecta a Dios es una recompensa futura en el paraíso de Alá... pero también las recompensas inmediatas que Dios no dejará de proporcionarle desde ahora en su vida terrestre si se muestra fiel: "Ese hombre tendrá éxito tanto en este mundo como en el mundo futuro." (Por otra parte, aquí Maudoudi no hace más que retomar el famoso hadith de las dos vidas.)

Ahora bien, estas recompensas inmediatas son sólo la realización de los más clásicos deseos humanos. Así nos lo deja ver el enunciado que hace Maudoudi de lo que será necesariamente el éxito humano del buen musulmán: "[Él] será una bendición para la humanidad [...] Un hombre así será un poder con el que debe contarse [...] Será el hombre más honrado y el más respetado y nadie podrá sobrepasarlo [...] Será el hombre más poderoso y el más eficaz [...] Será el hombre más rico [...] Será el hombre más venerado,

el más amado, el más popular [...] Todos lo honrarán y le darán su confianza [...] Así es la vida de un verdadero musulmán." Por eso, gracias a sus virtudes y méritos propios, el musulmán tiene por destino dominar la Tierra. Mau-doudí no vacila al escribir: "Si ustedes han comprendido la verdadera naturaleza de un musulmán, estarán convencidos de que no puede vivir en la humillación, la servidumbre o la sumisión. Está destinado a convertirse en señor, y ningún poder terrestre podrá dominarlo o subyugarlo."

En cambio, la desgracia caerá sobre el hombre que no haya creído, designado bajo el nombre de kafir. En la línea de su interpretación fundamentalista del Corán, Maudoudi desarrolla una visión binaria sobre el tema: existen los que creen en el Dios único y le están sometidos... y luego los demás, ateos, politeístas, descreídos de pies a cabeza que deben combatirse y castigarse severamente. Apenas habría que hacer una excepción para las "gentes del libro" (judíos y cristianos) a quienes se propone una condición de ciudadano menor (dhimmi) en el seno de la sociedad islámica.

El recurso justificado a la violencia para imponer la sociedad islámica

Para no enfadar a Dios y evitar su ira, es forzoso seguir el "camino recto" de los mandamientos. Esto equivale, naturalmente, a las grandes prescripciones del islam y en particular de los cinco pilares. Pero a estos últimos, fiel en ello a las interpretaciones que prevalecieron en los primeros siglos del islam, Maudoudi añade una obligación suplementaria: todo musulmán debe estar dispuesto a defender el islam poniéndose, en caso necesario, al servicio de la jihad (la guerra santa): "Si proclamamos nuestra fe en el islam, debemos conservar y mantener celosamente el prestigio del islam. La única guía de nuestra conducta debe ser servir al islam, ante el que todas nuestras consideraciones personales deben doblarse. ¡La jihad es parte de la defensa del islam! [...] En el lenguaje de la chana, la palabra se usa más específicamente para la guerra que se declara únicamente en nombre de Alá contra los opresores y los enemigos del islam. Este sacrificio supremo de la vida incumbe a todos los musulmanes [...] La jihad es en cualquier circunstancia un deber primordial de los musulmanes interesados, del mismo modo que los rezos cotidianos o el ayuno."

De acuerdo con esta concepción conquistadora que difunde en todo el mundo las "enseñanzas universales del islam y su profeta Muhammad (Maho-ma)", el kafir, claro está, el adversario por excelencia, aquel a quien no se puede hacer concesión alguna, ni siquiera en los ámbitos más profanos y anodinos. Y cuando la sociedad se resiste a la difusión del "mensaje santo", cuando la realidad se muestra rebelde a los musulmanes, se vuelve natural tomar al kafir como chivo expiatorio, conforme al famoso versículo llamado "del sable" (Corán 9,5). La respuesta es tanto más evidente en la medida en que el profeta mismo sirvió de ejemplo, y a Maudoudi no le perturba recordarlo. Efectivamente, Mahoma trabó un combate sin piedad contra el kafir de rostros múltiples (idólatra, politeísta, "asociador") que entonces pululaba en La Meca. Un combate que primero fue espiritual, aunque no tardó en volverse político y militar, tras el exilio a Medina y luego la conquista de La Meca y de Arabia entera. Un combate sangriento, también, pues esta guerra cobró numerosas víctimas y dio pie a muchos exterminios (las tribus judías de Medina, por ejemplo).

Así, confrontado al terrible problema del control de la violencia entre los hombres, el islam produjo una respuesta de factura clásica, pues sigue siendo fundamentalmente de carácter sacrificial (como lo demuestra la antropología religiosa de Rene Girard),⁴ respuesta que una vez más reitera el mecanismo inmemorial de la designación, luego de la expulsión de una víctima expiatoria. Maulana Maudoudi nos da la versión caricaturizada y extrema de esta respuesta, pero una versión que no obstante descende de la original.

Fuerzas y debilidades del islamismo

Confrontados al problema central de la regulación de la violencia, el islam y por fuerza el islamismo, se apoyan en una respuesta arcaica, característica del estadio de una sociedad que aún no ha tenido tiempo de vivir a fondo la experiencia de los efectos ilusorios del mecanismo sacrificial, ni de reflexionar sobre

los efectos mortíferos del deseo mimético. Esta respuesta es mucho menos elaborada que las que dieron el cristianismo o el budismo, pues desde el siglo V a. C. Buda advirtió el papel esencial que desempeñaba el deseo en la desgracia humana (es la segunda verdad noble) y propuso una vía (el noble camino óctuple) para liberarse de ese deseo.

En el ámbito de la historia, hay que señalar que tanto el budismo como el cristianismo nacieron en la plenitud de civilizaciones brillantes, en sociedades que llevan largo tiempo de haberse tornado sedentarias, donde florece la agricultura y hay una alta densidad de población, con muchas ciudades, algunas de ellas muy grandes. En consecuencia, la cuestión de la regulación de las relaciones sociales para extirpar los fermentos de violencia se plantea en ellas con suma agudeza. Por el contrario, en la Arabia de tiempos de Mahoma, el espacio está vacío, las tribus nómadas lo recorren sin un verdadero punto de arraigo salvo por las pequeñas ciudades donde se comercia; la violencia de las relaciones sociales (que es grande) puede, en caso extremo, regularse mediante la huida, el alejamiento y la indiferencia. No hay obligación absoluta, como entre los sedentarios, de convivir en un mismo sitio. La respuesta imaginada por Mahoma tomó mucho de las tradiciones judías y cristianas, sigue siendo fundamentalmente de inspiración sacrificial y apenas si va un poco más allá de la que imaginó Moisés doce siglos antes de Cristo (antes de los libros de Job, del Qohelet, el segundo Isaías, los escritos de sabiduría y desde luego la prédica de Cristo).

De cualquier forma es preciso admitir que, por arcaica que sea, la respuesta sacrificial ha vivido épocas buenas y sin duda le quedan otras por vivir. Esta respuesta es la que encontramos en la raíz de todas las grandes utopías e ideologías modernas: nacionalismo, nazismo, comunismo, etnocentrismo, mito revolucionario, tercermundismo, etc. Y no es en modo alguno una casualidad que, ahora que estas ideologías se encuentran moribundas, algunos de sus huérfanos se vuelvan hacia el islamismo, candidato que ha sido lanzado para sucederías a nivel mundial (desde este punto de vista, la conversión del marxista Roger Garaudy al islam y al islamismo no tiene nada de accidental). Esta forma conquistadora y superficialmente modernizada del islam seguramente no ha dejado de causar revuelo y no cabe duda de que nos encontramos en el comienzo de sus manifestaciones violentas y espectaculares. Ésta es su fuerza y Maudoudi no morirá sin posteridad.

Sin embargo, y ésta es la otra cara del problema, en un mundo que ya sabemos finito —el pequeño planeta Tierra que algunos comparan a una cápsula espacial perdida en la inmensidad estelar—, el hombre va a encontrarse cada vez más en la obligación vital de controlar a sus propios demonios, es decir, esta violencia fundadora que hasta ahora ha sido la principal instigadora de la historia. Ya no le será posible solucionar tan fácilmente el problema mediante transferencias de conquista, pues cada vez serán más escasos los chivos expiatorios externos. Salvo si acepta prender fuego a todo el planeta, la respuesta sacrificial ya no dará resultado y lo que hoy constituye su fuerza será su debilidad. Así es como nos vemos obligados a constatar que, por lo pronto, sólo el cristianismo y el budismo, de entre todas las religiones de la humanidad, tienen respuestas satisfactorias (es decir no sacrificiales) a este reto.

¿Quiere esto decir que no hay futuro para el islam? Me cuidaré mucho de afirmar semejante cosa, pues no se puede excluir la posibilidad de que mañana aparezca una versión no sacrificial, pluralista y secularizada del islam. Pero para ello, será preciso que los musulmanes acepten cuestionar de manera radical un discurso teológico, inamovible, heredado del siglo IX, si no es que del periodo mismo de los compañeros del Profeta. Como reivindican ciertos, muy pocos, intelectuales musulmanes, que viven casi todos en Occidente, esto supone la reapertura de la *ijtihad*, es decir, de la interpretación de los textos fundadores del islam (Corán y *hadiths*). Se sabe que el califa El-Hakam declaró oficialmente cerradas "las puertas de la *ijtihad*" en el siglo XI. Desde entonces prevalece una interpretación tradicionalista, ampliamente difundida por los imams (predicadores de las mezquitas), los ulemas (juristas y teólogos), las escuelas coránicas y universidades islámicas, entre ellas la gran universidad El-Azhar, en El Cairo, que goza de gran autoridad en todo el mundo musulmán. La interpretación del islam que ofrecen los fundamentalistas como Maudoudi puede parecer de un endurecimiento exagerado, pero no por ello deja

de inscribirse en esta tradición dominante.

Esto nos muestra la magnitud del reto, que en los próximos años interesará vivamente a los mil millones de musulmanes del planeta y mucho más a las sociedades árabe-musulmanas. Por lo pronto, la reapertura de la *ijtihad* es muy problemática, como lo señala no sin tristeza el musulmán Mohammed Arkoun,⁵ profesor de la Sorbona: "El método crítico que yo preconizaba hace más de una década para [renovar] la tradición islámica [...] se quedó en letra muerta. El recurso a la lectura crítica de la historia o a la interrogación antropológica [...] es impensable. La apertura del vasto taller de la formación histórica y la autenticidad de los corpus oficiales, [...] y por fuerza del Corán, sigue siendo todo un tabú." Pero, ¿podrá sostenerse mucho tiempo esta posición de inmovilismo? Existen todas las posibilidades de que se trabaje una lucha terrible —de la que ya vemos las primicias en países como Argelia y Egipto— entre los modernizadores, los partidarios de una lectura abierta del Corán, para poder modernizar su sociedad, y los defensores del regreso a la tradición, para quienes el islamismo es la punta de lanza. No debemos hacernos ilusiones: esta lucha será larga, violenta y particularmente sangrienta. Será ante todo un asunto interno del mundo musulmán, lo que de paso invalida todas las interpretaciones "políticamente correctas" en términos de un conflicto Norte/Sur. Pero en su afán de encontrar un chivo expiatorio que unifique a la *oumma* (comunidad de musulmanes del mundo), los islamistas multiplicarán las provocaciones dirigidas a Occidente. Por eso, no cabe duda de que nos hallamos al comienzo en cuestión de terrorismo. El error sería entonces responderles del mismo modo o, dicho en otras palabras, aceptar la trampa de la escalada numérica en la que los islamistas sueñan con vernos caer. Efectivamente, es probable que los terroristas, imaginando a sus enemigos a semejanza suya, apuesten a esta escalada mimética. Al no darles este gusto, empezaremos a ponerlos objetivamente en la senda del fracaso.

La gran medida que hasta ahora han demostrado los norteamericanos (¿no es a lo que nos tenían acostumbrados!) y también todo el mundo occidental en lo relativo a la réplica dada a los terribles atentados del 11 de septiembre, me parece una señal muy alentadora. Efectivamente, conviene no dejar pasar impune este crimen abominable; debe hacerse justicia, sin indulgencia. Pero al mismo tiempo no habría nada más peligroso que participar en el juego sin fin de las represalias, en la escalada mimética de la violencia, pues permitiríamos a los islamistas manejar a su favor el mecanismo de la reconciliación sacrificial en el seno del mundo musulmán.

Traducción de Rossana Reyes

Notas

Con todo y que los grandes exterminios del siglo XX fueron cometidos por occidentales, no pueden imputarse al cristianismo, pues se hicieron en nombre de ideologías —el nazismo y el comunismo— que se proclamaban explícitamente ateas. Estos crímenes contra la humanidad demuestran ampliamente que no sólo la religión puede utilizarse al servicio de la violencia.

Este libro relativamente corto (172 páginas), impreso en francés en Glasgow, Escocia, se editó patrocinado por una fundación islámica internacional con sede en Leicester, Gran Bretaña. En Francia no se encuentra en las librerías comunes; puede conseguirse en las librerías islámicas, en los centros musulmanes de cultura o en las mezquitas de tendencia fundamentalista. Presumiblemente circula entre algunos jóvenes de los suburbios de inmigrantes.

- *L Islam, religion et communauté*, París, Desclée de Brouwer, 1970.

Autor de numerosas obras, como *La violencia y lo sagrado*, París, Grasset, 1972; *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, París, Grasset, 1978, *Le Bouc émissaire*, París, Grasset, 1982, *Je vois Satan tomber comme l'éclair*, París, Grasset, 1999.

' *L Islam actuel devant sa tradition*, conferencia dictada en 1995 en el coloquio organizado en Atenas por

la Academia Internacional de Ciencias Religiosas.

Sociólogo, ex profesor del Institut d'administra-tion des entreprises de Paris (Université Pant-héon-Sorbonne). La redacción de este artículo se terminó el 7 de octubre de 2001.